

falta de elevación y, aún á veces, tal vulgaridad, como no puede verse en el cristiano más sencillo que conoce su Religión y la practica.

Aun para un Juan Gottlieb Fichte, las acciones heroicas, el gozo que experimenta la conciencia cuando ha obrado bien, la fe en las buenas acciones ejecutadas voluntariamente y el mérito, no son sino preocupaciones de que existe una bondad innata en la naturaleza humana. <sup>(1)</sup> Y, sin embargo, es éste uno de los pocos espíritus que en especialísimas é importantes circunstancias son capaces de cierta elevación.

Lo mismo le sucede á Federico Gentz; pero también se ve obligado á confesar, en su carta á Raquel, en la época más agitada que él vió y á cuya formación tanto contribuyó: «Podría revelaros qué forma han tomado ahora mi egoísmo y mi desprecio del mundo. No dejo la pluma, sino para ocuparme en el arreglo de mis habitaciones; atiando sin cesar á procurarme todo el dinero posible para muebles, para perfumes y para todo el refinamiento que puede exigir el lujo; desgraciadamente, á esto queda reducido mi apetito; el único alimento que tomo con interés es el desayuno; leería con gusto muchas veces, pero no conozco libro en el mundo que pueda inspirarme atractivo». <sup>(2)</sup> «Qué insípida es la vida; nada me entusiasma; estoy frío, escéptico, gastado; siento dentro de mí un gozo diabólico, viendo que siempre acaban de la manera más ridícula las cosas más grandes». <sup>(3)</sup> Y sin embargo, quería arrastrar eternamente, ó, por lo menos, mucho tiempo, aquella vida sin honor: «Si me asegurasen la salud, decía, con gusto continuaría viviendo treinta años».

Tal es la luz con que aparece la vida entre los individuos que, de tiempo en tiempo, hacen algunos esfuerzos para levantarse, cuando han destruído el sublime ideal de la Religión.

(1) K. Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, V, 721.

(2) Fr. Gentz an die Rahel, 30 de Abril de 1814.

(3) Íd., 21 de Abril de 1814. (Schriften von Gentz, I, 172).

¿Qué será de aquéllos que se abandonan por completo?

Nada de extraño que se diga un día á sí mismo un joven de diecisiete <sup>(1)</sup> años, que lleva en la cabeza á Byron, á Musset, á Heine y á Lenau: «Vendería mi vida por algunos céntimos, si no fueran palabras sinónimas morir y dejar la vida; sería para mí el más grande de los consuelos, si pudiera ahogar en cerveza ó en ponche los pocos pensamientos íntimos, serios y decentes que me restan».

El espíritu que más analogía tiene con el anterior es el maestro de Luis Napoleón, Bilderdijk, el mejor poeta holandés moderno. Vivía, como nuestro Bürger, en la poligamia; corrían parejas su talento para disipar el dinero y su inclinación á vivir como gran señor; pero no le bastaban su inmensa pensión anual y sus rentas; exteriormente aparecía extremadamente rico, pero eran continuas las privaciones de aquel hombre tan célebre; en medio de las fiestas que daba en su honor el mundo, se sentía dominado por dos pensamientos que no le abandonaron nunca: la desesperación y el suicidio. <sup>(2)</sup>

Muy parecido le es Benjamín Constant. Éste no tuvo juventud; pasó la vida delante de las mesas de juego y entre los más sospechosos aventureros: no tenía en aquella época, sino los estímulos y los peligros que podían ofrecerle algunos encantos. Ya llenó de entusiasmo rayano en la locura, ya descorazonado hasta el fastidio, se lamentaba sin cesar de estar condenado por la suerte aun á mancillar su más puro ideal. Comienza por reñir con su padre, con sus compañeros de desórdenes, consigo mismo, con su patria, y después se reconcilia con todos; y no sabe en fin qué hacer, si emigrar á América, ó casarse, ó saltarse la tapa de los sesos. Sin embargo, tiene para él sus atractivos aquella vida; se burla del honor, de la felicidad y de la desgracia; disgustado de todo, se casó aburrido para tener el gusto de llenar de amargura la vida de su com-

(1) Honegger, *Lit. und Cultur des XIX Jahrh.*, 216.

(2) Jonckbloet, *Geschichte der niederländischen Litteratur.*, Deutsch von Berg II, 574 y sig.

pañera con sus infidelidades y con el proceso de separación. Estar constantemente encadenado á una mujer, era para el una esclavitud semejante á la muerte; con tales disposiciones, se puso á escribir una obra sobre Religión, y el resultado fué el que podía esperarse: un modelo de esa multitud de pérfidas calumnias, cuyo secreto conoce admirablemente nuestra época, con títulos deslumbradores y ciencia barata. Por mucho tiempo ocultó el secreto, pero al fin se descubrió. <sup>(1)</sup>

Preferimos no entrar en pormenores respecto de las ruines seducciones en que disipó Goethe sus mejores años, y respecto de las villanías, para repetir la misma palabra, aunque sea poco noble, con que robó el honor, corrompió el corazón y mancilló la vida de multitud de jóvenes y de señoras. Inútil ir más allá, después de haber trazado Janssen, en sus biografías y retratos contemporáneos, y con la mayor exactitud, la vida desgraciada de esas grandezas modernas.

**7. Su recompensa es la desgracia.**—Y ahora, ¿es posible creer que pudieron llegar á la vida verdadera, completa y ejemplar, y á la posesión de la felicidad, hombres que persiguieron semejante ideal, ó más bien, que no tuvieron ideal alguno, sino que disiparon su existencia en la insulsez, en la frivolidad y en el vicio? En verdad, que no sé si podría creerlo, aunque me lo asegurasen ellos con todos los juramentos imaginables; pero dicen todo lo contrario.

Veamos ahora á Hoelderlin, uno de esos fanáticos de la superioridad imaginaria de la antigüedad. En él, la adoración ciega de los antiguos y el exagerado desprecio que sentía por los bárbaros, entre los cuales se veía obligado á vivir, llegó al estado de locura. En tal estado, sentíase tan incapaz de librarse del mundo, que, á sus ojos, era la causa de su disgusto, como impotente para volver á traer á la tierra el cielo que creía había existido aquí abajo en otro tiempo,

(1) Julian Schmidt, *Geschichte der französischen Literatur seit der Revolution*, I, 381 y sig.

antes de los tenebrosos días del Cristianismo. Lleno de aquellas insensatas ilusiones, «batía las alas, sirviéndonos de sus íntimas palabras, como un ganso que, erguido sobre sus anchos pies, en medio de una ciénaga pegajosa, se esfuerza en vano por levantar el vuelo hacia la Grecia». <sup>(1)</sup> Extravagante imagen, pero muy propia para inspirarnos pensamientos singulares sobre la humana felicidad, que, como constantemente se nos repite, debe crecer en el terreno de semejante concepto de la vida.

No sabemos si puede probarse en forma más clara y evidente lo que hemos dicho más arriba, esto es, que se puede muy bien rechazar el fin sobrenatural, pero, después, se es incapaz de llegar al fin natural.

Mas desgraciadamente, ¿ha sido sólo ese loco voluntario el que ha sufrido todas las consecuencias de su locura? ¡Ojalá fuera así! Pero las cosas han llegado á tal extremo, que Julián Schmidt, historiador no exento ciertamente de liberalismo, se vió obligado á decir de la mayor parte de nuestros poetas modernos que «existía en ellos una idea fija que les hacía ver el carácter distintivo de hombres importantes en la enfermedad permanente, en el mal humor, y en la misantropía». <sup>(2)</sup>

Lo confiesa de sí mismo Luís Tieck: «Mi vida es un vacío completo; <sup>(3)</sup> nada la llena, todo es vanidad y mentira». <sup>(4)</sup> Puede aplicarse esto, según Honegger, á la mayor parte de los poetas. <sup>(5)</sup>

Inútil es evocar el recuerdo de hombres que, dotados de los más raros talentos, concluyeron, en forma tan trágica como Byron. En su desgracia, excita tal compasión, que apenas si se le puede querer mal. Su Caín no hace más que revelar sus ideas y sus sentimientos.

(1) Haym, *Die Romantische Schule*, 309.

(2) Julian Schmidt, *Gesch. der deutschen Litteratur der XIX Jahrh.*, III. B. Widmung; cfr. *Gesch. der französischen*, II, 592.

(3) Honegger, *Litteratur und Cultur der XIX Jahrh.*, 89.

(4) Id., 172.

(5) Id., 30, 270, 205.

«Vivo, sí; pero vivo  
 »Para morir: viviendo, nada veo  
 »Que haga mi muerte odiosa,  
 »Sino una inclinación que me es innata,  
 »Un detestable, un invisible instinto  
 »De esta tirana vida,  
 »Que, cual á mí, detesto, y que no puedo  
 »Soportar por más tiempo. Así, así vivo:  
 »¡Oh, si nunca jamás vivido hubiera!» (1)

Para obtener la verdad completa de las ideas que acabamos de expresar, debemos examinar más de cerca tres favoritos de la moderna civilización, que se nos ofrecen constantemente como modelos, cuando se trata de demostrar hasta dónde supo elevarse el genio del paganismo antiguo. Nos referimos á Goethe, á quien tanto se complace en llamar el Olímpico moderno; á Schiller, el favorito de las Gracias; y á Alejandro de Humboldt, el querido de los dioses, lleno de la más grandiosa armonía, para servirme de las expresiones con que se ha querido calificarlo.

El menos malo de todos estos es seguramente Schiller; es quizá también el menos desgraciado. Él mismo confiesa que no sabe más que una sola cosa, esto es, «que jamás ha sido feliz, que su corazón estaba vacío, llena de tinieblas la cabeza, y que ignoraba qué quería». (2) Menos feliz era todavía Humboldt, el príncipe de la ciencia de nuestro siglo. Y ¿podía ser otra cosa un hombre que casi á los ochenta años hacía chistes, y chistes malos, sobre la inmortalidad y los avisos de la conciencia, sobre las tentativas de conversión, ó, para decirlo en menos palabras, y empleando las suyas propias, «sobre aquel negruzco horizonte, que se le representaba al otro lado de la tumba?» ¿Podía esperarse más de un hombre que, aun en la decrepitud de la edad, sonreía todavía á las tentaciones con las que jamás hubiera debido hacer la paz á los veinte años? No era más que merecido castigo el verse obligado á lamentarse de los

(1) Byron, *Cain*, (Bættger, VII, 106).

(2) Janssen, *Schiller als Historiker*, (2), 180.

extravíos de su vida, del frío infierno budista en que se hallaba, y al confesar con dolor que aumentaban cada día sus tristezas y sus tormentos. (1)

El más desgraciado fué Goethe. Ninguna ilusión se hizo sobre su estado. Se han escrito numerosas disertaciones para saber si fué feliz; pero responde él mismo que no lo fué, (2) y cierto es que lo sabe mejor que nadie. Confiesa que había momentos en que hubiera querido dejar el mundo civilizado, y ocultarse entre los salvajes del mar del Sur; cada día empeoraba su condición, y, según él, debía Dios destruir este mundo, pues era demasiado bueno aún para acceder á esta exigencia, á fin de reemplazarlo por algo mejor. Fué su vida el continuo rodar de una piedra que en vano trata de levantarse; en setenticinco años de existencia, apenas tuvo un mes propiamente feliz, según él mismo dice. (3) No obstante, fué más feliz que otros muchos. Abderramán III, el más brillante de los califas de Córdoba, el gran arquitecto, cuya felicidad inalterable, durante un reinado de cincuenta años, era la envidia general, dejó notas que se hallaron después de su muerte, y en las cuales dice que sólo gozó quince días de una felicidad verdaderamente pura. (4)

También Bilderdijk dice que no se acuerda de un solo momento de contentamiento interior. (5) El superintendente Enrique Müller de Rostock que, después de dos siglos, es todavía para los protestantes el más querido de los poetas, murió afirmando que aquí abajo no había tenido un sólo día de gozo. (6) Goethe aun llegó á tener un mes; pero ¿qué es un mes comparado con setenticinco años? ¿Basta acaso cubrir los gastos de la existencia? Verdad es que debemos maravillarnos de semejante resultado. ¿Qué puede

(1) Janssen, *Zeit. und Lebensbilder*, 107 y sig.

(2) Julian Schmidt, *Gesch. der deutschen Litteratur in XIX Jahrh.*, (2) I, 280, 291.

(3) Goethe's *Gespräche mit Eckermann*, (3) I, 76.

(4) Schack, *Poesie und Kunst der Araber in Spanien.*, II, 208.

(5) Jonckbloet, *Geschichte der niederlaendischen Litteratur*, Deutsch. von Berg II, 568, 576.

(6) Herzog, *Realencycl. für prot. Kirche*, (2) X, 337.

esperarse de una vida que describió él mismo con el título de «Ocupaciones de un genio?»

«Cual Diógenes, mi tonel  
 »Voy sin parar volteando;  
 »Ya es la seria gravedad,  
 »Ya es la zumba y chiste raro;  
 »Ya es el amor, ya es el odio,  
 »Ya esto, ya aquello: no hay caso  
 »En que se pueda saber  
 »Si es nada ó puede ser algo.  
 »Cual Diógenes, mi tonel  
 »Voy sin parar volteando». (1)

Y con todo esto, ¿á qué vino á parar? Lo recorrió todo, lo estudió todo, lo posible y lo imposible; pero nada á fondo, nada con seriedad. ¿Y cuál fué el resultado? Lo dice por boca de su Fausto:

«Física, Metafísica, Derecho,  
 »Medicina después, y Teología  
 »También ¡ay Dios! por mi desgracia todo,  
 »Todo lo escudriñé con ansia viva,  
 »Y hoy ¡pobre loco de infeliz mollera!  
 »¿Qué es lo que sé? Lo mismo que sabía.  
 »Doctor me llamo, dígame Maestro;  
 »Y hace diez años ya que abajo, arriba,  
 »Acá y allá, y á diestra y á siniestra,  
 »El escolar rebaño mi voz guía.  
 »¡Sólo pude aprender que no sé nada,  
 »Y el alma en la contienda está rendida!  
 »Bachiller ó doctor, seglar ó preste,  
 »Nadie su ciencia iguala con la mía.  
 »Ni escrúpulo ni duda me atormentan,  
 »Ni demonio ni infierno me intimidan;  
 »Y así, de sombras y de espantos libre,  
 »Huyó todo el encanto de mi vida.  
 »Al hombre inútil para el bien estéril,  
 »Nada puedo enseñar que de algo sirva,  
 »Y sin caudal ni crédito ni honores,  
 »Vida arrastro que un can despreciaría». (2)

¡Tales son los modelos según los cuales debemos formarnos á nosotros mismos, y formar nuestra juventud, para ser hombres completos, y llegar al puro goce de toda la

(1) Goethe, *Werke*, Stuttgart, 1853, II, 245.

(2) Goethe, *Faust.*, Stuttgart, 1854, XI, 18; cf. (72) Traducción de A. Hubert.

felicidad humana, porque así lo ha creído oportuno y conveniente la pedagogía moderna! Compárase el uno á un ganso, y dice el otro que lleva una vida que no hallaría soportable un perro. La moderna filosofía, que nos ofrece semejantes testimonios, se descarta solamente del pesimismo en el sentido de que demuestra la legitimidad de semejante vida. Supuesto que para su desarrollo haya sido colocada en condiciones normales, no podía ser de otra manera; se vió forzada.

«Pensaba el hombre en los pasados tiempos  
 »Sólo en sí, y para sí decir podía:  
 »Si soy feliz, ¿por qué la dicha mía  
 »Se ha de turbar ante desgracia ajena?  
 »Á tal avilantez hoy ha llegado,  
 »Que dice sin temor: soy mi tormento  
 »Ygual para los otros debe serlo.»

De esa disposición salió la manía del Budismo, lo mismo que la coquetería de hacerse desgraciado por su propia culpa, que es lo que hoy priva en la literatura. Soy desgraciado; no tengo lo que me podría hacer feliz, la seriedad y el imperio de mí mismo; los demás tampoco tienen derecho á ser felices; luego hay que persuadirlos de que no hay felicidad posible, y que, desde nuestro nacimiento, estamos condenados á ser desgraciados. Despojémoslos, pues, de los últimos restos del ideal que todavía poseen, quitémosles la creencia de que debe el hombre alcanzar un fin, para que, si no nos creen, y á pesar nuestro, quieren buscar siempre la felicidad, no hallen el camino que los conduzca á la verdadera dicha. Tal es la idea fundamental de la moderna filosofía budista de los países de occidente. Es verdad que es filosofía digna de réprobos; y un hombre, (1) que fué desgraciado como pocos, Schopenhauer, la caracterizó del modo más sorprendente, cuando dijo: «No hay más que un error que nos obsesiona desde la cuna, y es vivir para ser felices».

8. Esta miseria prueba también la necesidad de

(1) Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, (3) II, 726.

**una curación.**—Tentados estamos á poner aquí término á la compasión, dejando paso libre á la indignación. ¡Pero no! Merecen nuestra compasión aun los más desgraciados y los más abandonados, que, de tal modo se han burlado de la felicidad, que no creen en ella, y juzgan que hay que desconfiar de ella como de las más grandes ilusiones.

Hay otros que la merecen más todavía, y son los que se dejan aconsejar de ellos. ¡Desgraciados, están mal aconsejados! Y si, en compensación del Cristianismo que rechaza el mundo, no sabe ofrecernos el mundo, como resultado de la civilización, otra cosa que esa formación y ese empleo de la vida, pocos motivos tenemos para envidiar sus conquistas, y muchos para quejarnos de las que nos ha traído.

Y, sin embargo, gracias á una misericordiosísima disposición de Dios, en el castigo del mal hallamos la prueba de que nos es necesario el remedio. No es difícil reconocer lo que Dios quiere, si tan profundo vacío les hace sentir á los que de él se alejan ó se conducen como extraños para con él. Lo demostró el paganismo de los antiguos tiempos con aquel malestar intenso que hacía desear lo porvenir. Hoy, ese doloroso sentimiento que nos produce una llaga interior, y que jamás evitará el que huye de Dios, ese sentimiento que jamás dominará ningún tumulto, es una exhortación á mirar atrás, y á considerar, en medio de los tiempos, el lugar de Aquél que es nuestra paz. Y si nos parece demasiado larga esa distancia, nos invita á dirigir la vista á los días de nuestra felicidad, cuando, con alegre sumisión á su ley, gozaba nuestra alma de un reposo con el cual ninguna felicidad podía compararse.

## CONFERENCIA IX

### SIN RELIGIÓN NO HAY HOMBRE COMPLETO

**1. Negación de la necesidad de la Religión para la moralidad de la vida.**—No existe tan temerario y tan insensato arquitecto que quiera levantar un edificio sin abrir cimientos proporcionados, y sin tener á mano los materiales necesarios. Y suponiendo que pensase en obrar de esta manera, tendríanle por loco los testigos de su obra, opondríanse á su irracional designio las autoridades, y haríanle responsable los tribunales de todos los perjuicios que pudieran resultar. Pero á nadie se le ocurre obrar así. De ordinario, cuanto más importante es el edificio, tanto más sólida ha de ser la base; cuanto más considerables sean las dimensiones que se le quieren dar, tanto mayor será el peso que ha de soportar, y, por consiguiente, tanto más sólidos han de ser los puntales destinados á sostenerlo.

Así piensa y así obra todo hombre racional en las diferentes situaciones de la vida. El que emprende un viaje de algunas horas, toma un bastón que le sirva de apoyo. El que está fatigado y quiere descansar, mira primero si es capaz de sostenerlo el objeto al cual va á pedir apoyo. El que piensa formar un hogar, busca una compañera que le ayude á llevar las cargas y los cuidados domésticos; y aun el que ha de colocar un vaso que no vale más que algunos céntimos, comienza por examinar si es bastante sólido el soporte en que lo ha de sustentar.

Sólo cuando se trata de la vida entera, cuyo valor es inestimable, de la vida con todos sus cuidados, con todas sus cargas, con todos los pensamientos que entraña, no teme